

Y cogiéndole bruscamente por el brazo le condujo al interior de la cabaña.

—No hay nada entre los dos; no me ha dejado entrar... Es una joven honrada...

—No son estos momentos para razonar...—dijo Nazarka.

—No importa; te daré... Espera!...

Nazarka calló. Olenín corrió á su cuarto y volvió con diez rublos que entregó al cosaco.

—No hay nada entre ella y yo. Pero, no importa, soy culpable y ahí tienes, te los regalo. Solamente te impongo una condición; que, por Dios, nadie sepa... No ha pasado nada...

—Que seáis muy felices,—dijo Nazarka sonriendo, y se alejó.

Nazarka había ido á la *stanitza* por orden de Lukachka, para preparar un sitio donde poder ocultar un caballo robado, y al pasar por la calle delante de la casa del corneta oyó ruido de pasos y se paró á observar, descubriendo así á Olenín.

Al siguiente día, Olenín reparó que el corneta no se daba por entendido de nada. No dirigió la palabra á Marianka, que se reía á escondidas al verle, y pasó la noche otra vez vagando por el corral. A la siguiente mañana fuese á cazar y por la tarde á casa de Bielesky para defenderse contra sí mismo. Prometiósese no volver más á casa de los patronos y aquella misma noche un sargento fué á despertarle; la compañía tenía orden de marchar á una expedición. Olenín se consideró feliz ante ese pretexto para alejarse y no volver más.

La expedición duró cuatro días. El jefe quiso ver á Olenín, que era algo pariente suyo, y le propuso que permaneciese en la Plana Mayor; pero el joven rehusó. No podía vivir lejos de la *stanitza*, y pidió permiso para volver. Recibió la cruz de soldado, que tanto deseaba un tiempo, y la cual no le pudo sacar ahora de su indiferencia, como tampoco el empleo de teniente para el que iba á ser propuesto. Volvió á partir con Vanucha, precediendo de algunas horas á su compañía. Y se pasó la tarde en el portal contemplando en silencio á Marianka, y la noche toda entera errando por los corrales sin objeto ni idea bien determinados.



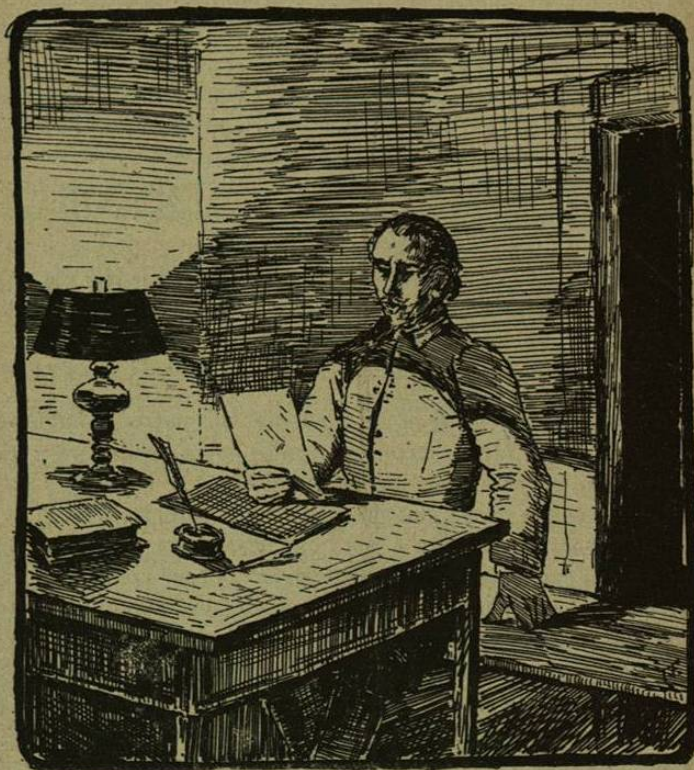
XXXIII

La carta de Olenín

OLENÍN se levantó tarde al día siguiente. Sus patronos habían salido ya. No se fué de caza; tan pronto cogía un libro para leer, como salía al portal ó entraba en la cabaña y se recostaba sobre el lecho. Vanucha creyó que su amo estaba enfermo. Antes de la noche se levantó y se puso á escribir hasta hora muy avanzada. Escribió una carta, pero no la quiso enviar, porque comprendió que nadie hubiera adivinado lo que quería decir, aún siendo por demás que alguno la comprendiese, excepto él mismo. He aquí lo que decía:

«Desde Rusia me envían cartas de compasión, temiendo, sin duda, que perezca para siempre al encerrarme en este rincón solitario. Dicen que me tornaré grosero, olvidadizo; que me entregaré á la bebida y terminaré por casarme con alguna cosaca. No en vano citan el dicho del general Ermolov: «Quien pase diez años en el Cáucaso, ó se vuelve borracho ó se casa con una perdida». Eso es horrible! En efecto; es de temer mi perdición cuando podría ser el marido de la condesa B..., chambelán ó jefe de la nobleza. Qué ruines, qué miserables sois todos! No conocéis la felicidad, ni la vida! Hay que haber sentido, al menos una vez para siempre, la vida con todo su encanto; es preciso ver y comprender lo que todos los días presencian mis ojos. Las nieves eternas y las inaccesibles montañas... y, rodeada de esa belleza primitiva, una

mujer majestuosa, como debió aparecer la primera mujer al salir de las manos del Creador. Entonces podríais apreciar quién se pierde, quién vive en la verdad ó en la mentira, si vosotros ó yo. Si supierais cuán despreciables y míseros me parecéis con vuestras ilusiones! Cuando olvidando mi cabaña, mis bosques y mi amor, recuerdo los salones, con sus mujeres de postiza cabellera y



engañosos rizos, de labios mentirosos, de miembros raquíticos, siempre tapados y deformes, con su tartamudeo que quiere ser cambio de ideas, y que todo es menos eso, mi corazón se subleva de asco. Veo á lo lejos los rostros atontados de aquellas ricas hembras que parecen decir: «No importa, puedes acercarte; te lo permito aunque soy rica»; los contubernios repugnantes, los chismes continuos y aquella hipocresía sempiterna, aquellas convenciones ridículas

que consisten en saber á quién se ha de dar la mano, á quién se debe saludar con la cabeza ó dar conversación, y el eterno fastidio que se filtra en la sangre y pasa de generación en generación, con la idea de que todo eso es indispensable.

»Comprendedlo, ó al menos creedme á mí: Os es preciso ver y sentir lo que es la verdad y la belleza, y entonces todo cuanto digáis y penséis, cuánta felicidad deseéis para mí ó para vosotros, quedará reducido á la nada. La felicidad está cifrada en conocer la naturaleza, en verla, en hablarla. «Que Dios le guarde, pues de lo contrario se casará con una *simple* cosaca y el mundo le abandonará para siempre». Esto es, según supongo, lo que decís de mí con tierna conmiseración. Yo no deseo más que una cosa: perderme para siempre en el abismo que, según vosotros, me amenaza. Quisiera unirme para siempre con una *simple* cosaca, pero no me atrevo á hacerlo porque sería el colmo de una felicidad que no merezco.

»Tres meses han pasado desde que ví por vez primera á la cosaca Marianka. La concepción y los prejuicios de ese mundo de donde venía estaban todavía frescos en mí y no podía creer que llegase á amarla. Admirábala como á la belleza de las montañas y del cielo, y no podía dejar de admirarla porque es tan bella como ellos. Luego he observado que la contemplación de esta belleza era necesaria á mi vida y comencé á preguntarme si la amaba.

»Pero no hallaba, en mí, sentimiento semejante al del amor tal y como yo lo había supuesto. Este sentimiento no era parecido ni al hastío de la soledad, ni al deseo del matrimonio, ni al amor platónico, ni mucho menos al amor sexual que yo conocía. Necesitaba verla, oirla, saber si estaba cerca de mí, para sentirme, no diré precisamente dichoso, pero sí satisfecho. Desde la noche en que me encontré con ella, en que le hablé, sentí que entre esta mujer y yo existía algo extraordinario que no podía adivinar y contra lo que toda lucha era imposible. Sin embargo luché, y me preguntaba: Puedo amar á una mujer que no comprenderá jamás los intereses morales de mi vida? Puedo amar á una mujer solamente por su belleza? Puedo amar á una estatua? Cuando esto me preguntaba ya la amaba, aunque sin saberlo.

»Desde la tarde en que me acerqué por primera vez á ella, nuestras relaciones cambiaron. Antes era para mí un objeto extraño, pero majestuoso, de naturaleza exterior. Desde aquella tarde se convirtió en una mujer. Comencé á buscarla, á hablarle, á ir algunas veces á trabajar con su padre, á pasar noches enteras en su casa. Y en estas relaciones íntimas ella permanecía á mis ojos

siempre pura, inaccesible, majestuosa. A todo contestaba, y siempre con calma y energía, con alegría é indiferencia. Algunas veces mostrábase cariñosa; pero en general, cada mirada, cada palabra, cada movimiento, encerraba esa indiferencia que, sin ser humillante, domina y encanta. Siempre la sonrisa forzada en sus labios y yo procurando disimular, en lucha siempre con el dolor de la pasión y el deseo de mi alma, hablando con ella de cosas fútiles. Ella, viendo mis tímidas tentativas, respondíame con candor y sencillez. Ese estado me era insoportable. Quería no mentir ya más y decirle todo cuánto pensaba y sentía. Estábamos en el huerto. Comencé á hablarle de mi amor en términos que sólo recordarlos me avergüenzan. No debí permitirme hablarle así, porque ella es superior á todas aquellas palabras y sentimientos que quería expresar; callé y desde aquel momento mi situación es insoportable. Yo no quería envilecerme teniendo con ella una relación falsa, pero sentí que todavía no estaba en condiciones de entrar con ella en relaciones simples y francas. Preguntábame con desesperación: Qué iba á hacer? En mis quiméricos ensueños, ya era mi amante, ya mi esposa; con despecho rechazaba ambas ideas. Sería para mí una profanación pretenderla hacer mi amante. Casarme sería mucho más grave. Si fuese cosaco como Lukachka, robar caballos, emborracharme, cantar, asesinar y, estando ebrio, penetrar por la ventana de su casa, sin reparar ni pensar en lo que soy y por qué estoy aquí, ah! entonces fuera otra cosa, entonces nos comprenderíamos y podría yo ser dichoso. He probado hacerme á esa vida, pero me he sentido demasiado débil. No puedo desechar de mí el pasado turbulento, calamitoso, y el porvenir me parece aun más desesperante. Todos los días veo ante mí las montañas lejanas cubiertas de nieve y esa mujer ideal, majestuosa, feliz; el único placer posible en el mundo no es para mí. Lo más grave y lo más dulce de mi situación, es que yo llegué á comprenderla á ella y que ella no me comprenderá jamás. Pero, si no me comprende, no es por ser inferior á mí, sino porque *no debe* comprenderme. Ella es feliz, es como la naturaleza, hermosa, impasible, concentrada en sí misma; y yo, criatura débil y enferma, quiero que comprenda mi deformidad, mis tormentos! No duermo; paso las noches al pie de su ventana discurriendo por el corral, sin que ni siquiera me dé cuenta de que ha pasado la noche.

»El día 18 salió nuestra compañía á hacer una expedición; pasé tres días alejado de la *stanitza*, triste é indiferente á todo. En el destacamento, los cánticos, los juegos, las orgías, las discusiones sobre las próximas recompensas me repugnaban más que de ordi-

nario. Hoy he vuelto á casa y he podido observarme; he visto otra vez la cabaña, el viejo Erochka, las montañas, la nieve, y tal sentimiento de alegría se ha apoderado nuevamente de mí que todo lo he comprendido. Siento hacia esa mujer un amor verdadero; por primera y única vez en mi vida, sé cuánto por mí pasa. No tengo miedo de humillarme con ese sentimiento. No me avergüenzo de mi amor, antes por el contrario, me enorgullezco... y no soy culpable; si la adoro, es contra mi voluntad.

»Huí del amor sacrificándome á mí mismo. Fingí alegría con los amores de Lukachka y Marianka, y no hice más que avivar mi amor atormentado por los celos. No es un amor ideal, que llaman superior, y que ya conocí anteriormente; tampoco es un arrebató, fruto de mi imaginación y acariciado después á gusto mío; es menos aun: es el amor sensual. Puede decirse que en ella adoro á la naturaleza toda, á la personificación de la belleza. No la amo por mi propia voluntad, sino por la fuerza de los elementos, tal vez por querer de Dios mismo; el mundo entero es quien me impone este amor, gritándome: Ama! Ama! La adoro con todo mi sér, y al amarla pareceme que soy parte indivisible de la naturaleza. En otro tiempo escribí respecto de nuevas concepciones brotadas en mi soledad; nadie podrá comprender el trabajo que me costó su formación, y cuán dichoso me consideraba ante la nueva senda que me abrían y cuán queridas me eran. Pero, como el humo, se desvanecieron aquellas concepciones y no las echo de menos. Hasta me es difícil comprender cómo he podido entregarme á meditaciones tan monótonas, tan frías, tan abstractas. La belleza ha venido á hacer polvo de todo ese trabajo intelectual de mi vida; y á fe que no lo siento. El sacrificio de sí mismo es una necedad. Eso es orgullo, pretender huir de un castigo merecido por la envidia que nos inspira la dicha de los demás. Vivir para otros! Practicar el bien! Para qué, si mi alma no posee más que amor propio y un solo deseo: amarla y vivir con ella toda la vida? Ahora deseo la felicidad, pero no para otros, no para Lukachka; ya no quiero á los demás. Antes hubiérame dicho que todas esas ideas eran malas y me hubiera preguntado: «Qué será de ella, de mí y de Lukachka?»—Ahora todo me es igual. Vivo, mas no sólo para mí; no existo por mí, sino por algo superior que me guía. Estoy atormentado, pero antes estaba muerto y es ahora cuando existo. Hoy iré á casa de ella y se lo contaré todo».

XXXIV

El atrevimiento de Olenín

DESPUÉS de haber terminado esta carta á hora muy avanzada de la noche, Olenín se marchó á casa de su patrono. La vieja hilaba seda sentada en un banco cerca del fogón. Marianka, con la cabeza descubierta, cosía junto á la luz de una bujía. Al ver á Olenín, se levantó, cogió un pañuelo y fué á acurrucarse al lado de la hornilla.

—Quédate con nosotros,—le dijo su madre.

—No; estoy con la cabeza descubierta.—Y saltó por encima del brasero.

Olenín no vió más que los pies y una de sus piernas suavemente torneadas. Ofreció té á la vieja y ésta á su vez le obsequió con requesón que hizo traer por Marianka. Tan pronto como hubo colocado el plato sobre la mesa, la joven saltó nuevamente por sobre la hornilla, hiriendo con su mirada la de Olenín, que seguía como siempre todos sus movimientos.

Hablaban del manejo de la casa; la vieja Ulitka estaba encantada de su huésped. En prueba de ello, ofreció á Olenín uvas en conserva, galleta con anís y el mejor vino de que disponía, y con esa generosidad grosera y singularmente vanidosa, propia del pueblo bajo, que no se halla más que entre aquellas personas que ganan su sustento mediante el pesado yugo de un traba-

jo físico, obsequió al alférez. Esa mujer, que en un principio había llamado tanto la atención del joven ruso por sus rudos modales, lograba ahora enternecerle con la simple afección que demostraba por su hija.

—Sí, hijo mío, no nos podemos quejar de Dios. En nuestra casa hay de todo, á Dios gracias. Hemos prensado mucha uva; vendremos tres barricas de vino y todavía nos quedará bastante para el consumo de la casa. No te marches tan pronto, espera. Aun nos divertiremos todos juntos el día de la boda.

—Y cuándo es?—preguntó Olenín, notando que la sangre le subía á la cabeza y su corazón se estremecía dolorosamente.

Tras la hornilla alguien se agitaba y rompía nerviosamente granos de girasol.

—Podría ser la semana próxima. Nosotros estamos ya preparados,—repuso la vieja, natural y tranquilamente como si Olenín no estuviera delante.—Todo está dispuesto por parte de Marianka. Le daremos un buen dote. Pero es lástima que Lukachka se divierta tanto. Siempre está de jolgorio. Es un tarambana!... Hace poco estuvo aquí un cosaco de su centuria y nos contó que Lukachka iba mucho á tierra de nogais.

—Pues, que ponga cuidado,—repuso Olenín.

—Eso es lo que le digo: Tú, Lukachka, no te expongas. Sí, ya se sabe que un joven debe divertirse! mas para todo le queda tiempo. Mire usted; ha robado, ha matado un abrek... todo eso está bien, pero luego conviene reposarse; sin embargo, él continúa lo mismo.

—Sí, le he visto dos veces en el destacamento y se porta mal. Ahora ha vuelto á vender su caballo,—dijo Olenín, dirigiendo la vista hacia el hogar.

Unos ojazos negros y brillantes mirábanle despiadadamente, y se arrepintió de lo que acababa de decir.

—Y qué! A nadie hace daño,—dijo Marianka.—Se divierte con su dinero.—Luego abandonó su sitio y salió cerrando la puerta con violencia.

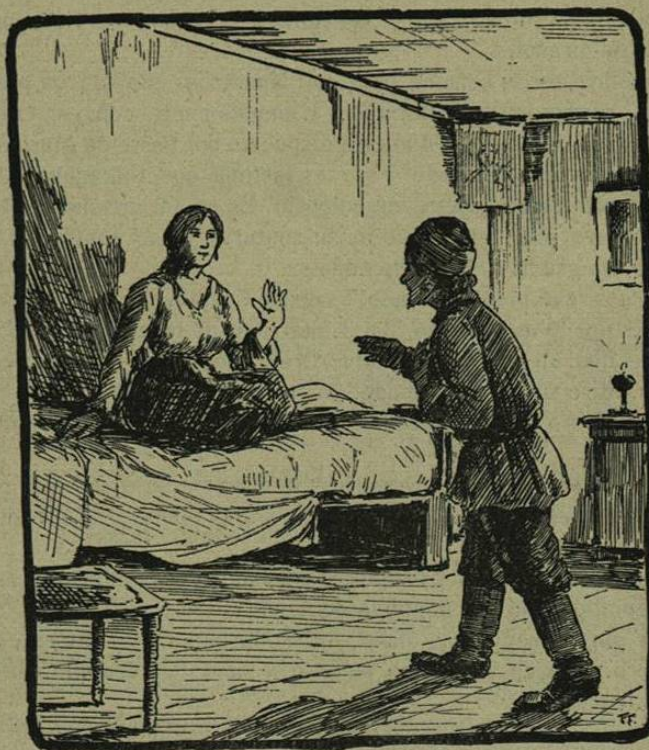
Olenín siguióla con la vista fuera de la cabaña, se quedó mirando á la puerta y escuchó sin comprender nada de cuanto le decía la vieja Ulitka. Poco tiempo después llegaron visitas: un anciano, hermano de Ulitka, acompañado del viejo Erochka y detrás de ellos entraron Marianka y Ustenka.

—Buenas noches á todos,—dijo Ustenka.—Te diviertes mucho?—preguntó á Olenín.

—Sí, me divierto,—respondió; sintiéndose turbado y á disgusto.

Quería marcharse, pero no podía, callar le parecía imposible. El viejo le sacó del compromiso. Pidió de beber y ambos bebieron.

Primeramente Olenín bebió con Erochka y luego con el otro cosaco, para repetir nuevamente con Erochka; cuanto más bebía más abatido se hallaba su espíritu. Los viejos estaban ya chispados. Las muchachas sentadas en el hogar cuchicheaban mirándolos mientras apuraban el vino. Olenín no hablaba, pero bebía más que los otros. Los cosacos reían sus necedades y la vieja los despachó quitándoles el vino. Las jóvenes burlábanse de Erochka, siendo ya



las diez cuando salieron al portal. Los dos viejos invitáronse á sí mismos á pasar la noche en casa de Olenín. Ustenka marchó á su casa, y la vieja fué á poner en orden la cocina. Sólo Marianka quedaba en la cabaña. Olenín sentíase fresco y desahogado como si acabase de despertar. Estuvo en acecho y dejando entrar á los

viejos en su casa, volvió á la cabaña. Marianka disponíase ya á acostarse. El joven se aproximó á ella, quiso decirle algo, pero enmudeció. La muchacha sentóse sobre la cama con las piernas cruzadas y luego fué á ocultarse en un rincón, silenciosa, mientras dirigía á Olenín miradas de espanto y de terror. En verdad que la joven tenía gran miedo de él y Olenín lo veía. Sintióse disgustado y avergonzado de sí mismo y, sin embargo, notaba en sí cierta satisfacción de poder siquiera inspirarle tal sentimiento.

—Marianka,—dijo—no tendrás nunca piedad de mí? Ni yo mismo sé cómo te amo!

Ella retrocedió más, pegándose á la pared.

—Es el vino quien habla por tí. No conseguirás nada.

—No, no es el vino. No te cases con Lukachka y nos uniremos para siempre.

«Qué he dicho?» pensó tan pronto como hubo pronunciado esas palabras. «Pensaré mañana lo mismo? Sí, lo pensaré. Seguramente lo pensaré y ahora voy á repetirlo», decía su propia conciencia.

—Te casarás conmigo?—Mirábale la joven seriamente y su temor parecía desvanecerse.

—Marianka! estoy loco. Ya no soy el mismo. Haré cuanto me ordenes.—Y mil frases apasionadas deslizaronse de su boca.

—Qué disparates dices?—le interrumpió la joven cogiéndole la mano que le tendía, sin rechazársela, antes bien se la estrechaba con sus dedos fuertes y duros.—Es que un señor puede casarse con una cosaca? Quita allá!

—Tú consentirías? Yo...

—Y qué haremos de Lukachka?—preguntó ella riendo.

Olenín soltó con violencia la mano que le tenía cogida la joven y estrechó á ésta entre sus brazos. Pero ella se desprendió y saltando descalza á tierra huyó como una corza asustada en dirección del corral. Olenín, vuelto en sí, tuvo miedo de sí mismo, viéndose excesivamente feo al compararse con ella. Sin arrepentirse de cuanto había dicho, marchóse á su casa y se acostó y durmió profundamente, como no lo hacía desde bastante tiempo, olvidando á los viejos que, sentados todavía á la mesa, apuraban con placer el sabroso vino.



XXXV

Las fiestas de ogaño y las de antaño

EL día siguiente era de fiesta. Por la tarde todo el vecindario, adornado con sus mejores ropas, que brillaban bajo los rayos del sol poniente, discurría por las calles de la *stanitza*. El vino extraído sobrepasaba en mucho á la recolección de años anteriores. Los habitantes habían terminado sus faenas. Los cosacos disponíanse á partir en expedición por un mes y muchas familias preparaban la boda de sus hijas.

En la plaza, frente á la administración de la *stanitza* y en dos tiendas, una de bombones y granos de girasol, otra de algodones y pañuelos, la aglomeración era extraordinaria. Ante la Administración los viejos con sus caftanes grises y negros, sin galones y adornos, permanecían sentados ó en pie. Tranquilamente y con voz monótona hablaban de la cosecha, de los jóvenes, de asuntos del lugar, del pasado, etc., mirando con severidad é indiferencia á la nueva generación que les rodeaba. Al pasar ante ellos, las mujeres se paraban é inclinaban la cabeza. Los jóvenes detenían su paso y con mucho respeto quitábanse sus gorras teniéndolas en la mano algunos momentos. Los viejos callaban. Unos severamente, otros con cariño, miraban á los transeuntes y devolvían con parsimonia los saludos.

Las muchachas no habían comenzado todavía su ronda, pero se agrupaban, vestidas con corpiños de colores brillantes y tocadas con pañuelos blancos que les cubrían la frente y los ojos; sentadas algunas sobre los terraplenes, al abrigo del sol, charlaban y reían ruidosamente.

Los niños jugaban en la plaza á la pelota, lanzando y cogiendo ésta, con gritos infantiles. Algunos jóvenes de ambos sexos en otro lado de la plaza organizaban la ronda y con voces agudas, chillonas, entonaban una canción. Los empleados y licenciados del servicio militar unidos á los forasteros, todos ellos vestidos con vistosos trajes nuevos, blancos y rojos, bordados con galones, la mirada alegre, cogíanse de la mano por parejas é iban de un grupo á otro de mujeres parándose y bromeando con las cosacas. Un mercader armenio vestido con una casaca azul muy fina, adornada de muchos galones dorados, permanecía en pie á la puerta de su tienda que estaba entreabierta y á través de la cual se percibían pilas de chales de colores, plegados, y con la flema de un vendedor oriental que tiene conciencia de su importancia, esperaba tranquilamente á los compradores. Dos thetchenzes, de barba roja, pies desnudos, recién llegados del otro lado del Terek para presenciar las fiestas, habíanse sentado sobre sus talones cerca de la casa de sus amigos; distraíanse fumando la pipa, y echando salivazos admiraban la población, cambiando entre ellos algunos sonidos rápidos, guturales. De vez en cuando un soldado en traje de diario, con la capa raída, pasaba rápidamente por entre los grupos de gente vestida de nuevo. De todos lados se oían las canciones disparatadas de los cosacos repletos de vino. Todas las cabañas estaban cerradas, las escaleras de entrada completamente limpias desde el mediodía. Hasta las viejas hallábanse en la plaza. Por las calles reseca, entre el polvo, y por todas partes veíanse cáscaras de melón, sandía, calabaza y girasol. El ambiente era suave y apacible. La blanca cadena de montañas que se veía por encima de las techumbres, parecía estar más próxima pintada por el hermoso colorido del sol al ocultarse. Del otro lado del río, tan solo se oía de vez en cuando el lejano rumor de un cañonazo, que se confundía con los sonidos variados, alegres, de la fiesta en la *stanitza*.

Olenín habíase paseado durante todo el día por el corral, esperando ver á Marianka. Pero ella, una vez vestida, se fué á oír misa; después, sentada sobre un terraplén, comía pepitas de girasol acompañando á sus amigas ó retozando con éstas entraba en su casa dirigiendo al pasar una tierna mirada al joven. Olenín no se atrevía á bromear con ella delante de sus compañeras. Quería con-

tinuar con ella la conversación del día anterior y obtener una respuesta definitiva. Deseaba hallar la misma ocasión que la víspera; pero ésta no llegaba y desfallecía ante la idea de continuar más tiempo en aquella situación indecisa. Marianka salió nuevamente á la calle, y poco después, aburrido, sin saber á dónde iba, siguió á la joven. Pasó por delante del corro donde ella se hallaba vestida con su corpiño de seda azul brillante, y con gran dolor del corazón oyó las risas de las muchachas que se regocijaban á su vista.

La cabaña de Bielesky estaba situada en la plaza misma. Olenín, al pasar oyó que le llamaba la voz del oficial y entró. Hablaron un rato y ambos se sentaron junto á la ventana.

Erochka, con su caftán nuevo, unióse á ellos y se sentó en el suelo.

—He ahí un grupo distinguido...—dijo Bielesky designando con su pitillo al grupo abigarrado que había en un rincón de la plaza; —allí está la mía, la veis? vestida de rojo. Es nuevo su traje. Qué, no reanudáis los *rondos*? (1)—gritó desde la ventana.— Cuando oscurezca iremos á buscarlas, nos las llevaremos á casa de Ustenka y les daremos un gran baile.

—También yo iré á casa de Ustenka,—dijo Olenín con resolución.—Estará allí Marianka?

—Sí; venid,—dijo Bielesky sin el menor asombro.—En verdad que es espectáculo hermoso!...—añadió indicando el efecto de la gente amontonada.

—Sí, muy hermoso,—repuso Olenín, procurando aparentar indiferencia.—Siempre me agradaron estas fiestas,—añadió.—Pero, veamos, por qué han de vestirse de gala esas gentes y estar contentas y satisfechas por ser hoy día 15?... Todo respira fiesta. Los ojos, las caras, las voces, los gestos, el aire mismo, el sol, todo ha cambiado hoy aquí, mientras que en nuestro país hace años que terminaron las fiestas.

—Sí, en verdad,—dijo Bielesky, que no gustaba de semejantes razonamientos.—Y tú, viejo, por qué no bebes?—añadió dirigiéndose á Erochka.

Este guiñando el ojo á Olenín, designó á Bielesky.

—Es campechano tu amigo,—exclamó.

Bielesky levantó su vaso y dijo:

—*Allah birky*, Dios lo ha dado, —y lo vació de un trago.

—*Saul bul*, pásalo bien,—respondió Erochka sonriendo y apuró el contenido del suyo.

(1) Bailes en rueda.

—Dices que esto es una gran fiesta?—dijo el cosaco dirigiéndose á Olenín y aproximándose á la ventana.—A esto llamas fiesta? Si hubieras visto las de otros tiempos!... Las mujeres vestían *sarafán* (1) con bordados y galones, el pecho cubierto con dos hileras de monedas de oro y agujas de oro en la cabeza. Cuando pasaban, qué estrépito movía su traje! Parecían verdaderas princesas. Y venía un gentío!... Cuando cantaban, era un arrullo prolongado, y así nos divertíamos toda la noche. Los cosacos llevaban toneles de vino á los corrales y allí bebían hasta el amanecer. O bien enlazados sus brazos, atravesaban la *stanitza* como un turbión, cogiendo á los transeuntes y llevándose los con ellos de casa en casa. Duraba la broma tres días. Me acuerdo de que mi padre volvía colorado, sin gorro, sin caftán... todo lo había perdido. Pero mi madre sabía su obligación; traíale aguardiente para hacerle volver en sí y luego corría ella misma en busca de lo perdido. Después, mi padre dormía seguidas cuarenta y ocho horas. He aquí lo que eran entonces los hombres. Y ahora, qué pasa?

—Muy bien! Pero las mozas con sus *sarafanes* se divertían solas?—preguntó Bielesky.

—Solas no! Los cosacos venían á caballo gritando: «A romper los corros». Y lanzaban sus corceles sobre ellas; los chicos armados de buenos garrotes apaleaban á los cosacos y á sus cabalgaduras. En general ocurría que algún cosaco se metía en el corro y casi siempre eran apaleados él y su caballo. Rompía por fin la cadena, cogía á la que quería y la arrastraba consigo, y entonces... «Hermosa! Querida! Haz lo que quieras, pero es preciso amar-me!...» Y qué hembras! Aquéllas eran reinas.

(1) *Sarafán*. Largo vestido sin mangas que llevaban antiguamente las rusas.



XXXVI

Lukachka quiere divertirse

EN aquel momento entraron en la plaza por una de las calles laterales dos hombres á caballo. Uno de ellos era Nazarka y el otro Lukachka. Este venía ladeado en su hermoso caballo tártaro que trotaba ligero por sobre la tierra endurecida del camino, y sacudía su airosa cabeza y rizadas crines. El equipo del joven era el propio del uniforme de campaña; la carabina en la funda, pistola al cinto inclinada hacia la espalda y la *burka* enrollada y sujeta á la silla. La posición aplomada del cosaco, el aire negligente con que fustigaba con el látigo á su montura, sus ojos grandes, negros y brillantes, expresaban la satisfacción de sí mismo, la conciencia de su juventud y de su fuerza. «Habéis visto nunca otro jinete más galán?» parecía decir. Su excelente corcel, encapazonado de plata, sus hermosas armas y él mismo, atraieron la atención general. Nazarka, pequeño y raquítico, iba bastante peor equipado. Al pasar por delante de los viejos, Lukachka se detuvo y se quitó el gorro de piel blanca.

—Qué! Has robado muchos caballos á los nogais?—preguntóle un viejo arrugado, de sombría mirada.

—Los habrías contado, abuelo, puesto que tanto te interesa?—repuso Lukachka volviéndose á su interlocutor.

—Sí, mas por algo llevas contigo al mozo que te acompaña,—añadió el viejo con mirada más sombría aun.

—El demonio del viejo! Todo lo sabe!—dijo Lukachka riendo. Pero su cara tomó una expresión de disgusto. Luego, dirigiendo la vista hacia el lado de la calle donde había muchas jóvenes, encaminó allí su caballo.

—Buenos días, muchachas,—dijo con voz fuerte, sonora, parando en seco su caballo.—Ah! brujas! Habéis envejecido desde que no os veo.—Y se echó á reír.

—Buenos días, Lukachka; buenos días, hermano,—exclamaron á un mismo tiempo un sin fin de voces chillonas.—Traes mucho



dinero? Ve á comprar caramelos para nosotras. Vienes por mucho tiempo? Hace mucho que no te vemos.

—Hemos venido Nazarka y yo á pasar una sola noche; á distraernos,—repuso Lukachka pegando al caballo con el látigo y aproximándose más al grupo.

—Y has olvidado acaso á Marianka?—preguntó Ustenka, empujando con el codo á su amiga y riendo estrepitosamente.

Marianka se alejó del caballo y, echando atrás la cabeza, miró al cosaco con ojos tranquilos y brillantes.

—Hace tiempo que no vienes!... Qué, vas á matarnos con tu caballo?—exclamó Marianka de pronto muy secamente y volviendo las espaldas.

Lukachka parecía alegre en extremo. Su rostro resplandecía de orgullo y satisfacción; la frialdad de Marianka hirióle en lo más vivo y frunció el ceño.

—Sube al estribo, querida mía; te llevaré á las montañas!—exclamó súbitamente como para arrojar de sí sus sombríos pensamientos; y caracoleando entre las jóvenes, se inclinó hacia Marianka.—Te voy á abrazar! Oh, cómo te besaré!

Marianka levantó los ojos hacia él; encontráronse sus miradas y se ruborizó.

—Aparta... me aplastas,—dijo bajando la cabeza y contemplándose las torneadas piernas, ceñidas de medias azules con flechas bordadas y sus zapatos de color rojo con galones de plata.

—Voy á arreglar el caballo,—dijo Lukachka—y vuelvo con Nazarka, para andar de fiesta con vosotras toda la noche.

Y dando un fuerte espolazo al corcel, giró rápidamente y tomando por la calle lateral, llegó pronto, seguido de Nazarka, á la cabaña de sus padres.

—Ya estamos! Vuelve pronto!—dijo á su compañero, que se dirigía hacia la vivienda inmediata, pasando con precaución por la puerta cochera.

—Buenos días, Slepka,—dijo á la muda, que con el traje de los domingos salía á recibir el caballo, y por señas le indicó que le diera un pienso sin desensillarle.

La muda mugió estrepitosamente y besó el hocico del bruto, para expresar que le parecía hermoso.

—Buenos días, madre, no has salido aun?—gritó Lukachka descendiéndose el fusil y subiendo la escalera.

La anciana abrió la puerta.

—No te esperaba, ni mucho menos. Kirka me aseguró que no vendrías por ahora.

—Trae vino, madre. Nazarka va á venir; hay que holgar un poco.

—Enseguida, Lukachka, enseguida!—contestó su madre.—Todas las mujeres están en la fiesta; probablemente irá también la muda.

Y cogiendo las llaves, corrió precipitadamente hacia la despensa.

Nazarka llegó á los pocos momentos, después de haber acomodado en la cuadra su montura.



XXXVII

La gran cacería de caballos

BEBE á nuestra salud,—dijo Lukachka tomando un vaso de vino que le tendía su madre, llevándolo cuidadosamente á los labios.

—Es extraño!—dijo Nazarka.—Por qué ha dicho el viejo: Cuántos caballos has robado? Sin duda debe saber algo.

—Es un brujo!—interrumpió Lukachka.—Pero, qué nos importa? Los caballos ya han vadeado el río, de modo que aunque los busque...

—No obstante, hay que ir con cuidado.

—Por qué? Lo que hay es saber hacer bien las cosas. Mañana le llevas un jarro de vino y lo convences. Ahora juguemos. Toma! bebe,—gritó Lukachka, imitando la voz del viejo Erochka.—Vamos á ver á las muchachas... Tú vete á hacer la miel, ó sino ya irá la muda. Vamos á divertirnos hasta mañana, pero mucho!

Nazarka sonreía.

—Pero, nos quedaremos aquí mucho tiempo?

—Deja que nos divirtamos y ve á buscar aguardiente; toma dinero.

Nazarka aceptó y se fué á casa de Iamka.

Erochka y Erguchov, con las caras encendidas y tambaleando, entraron en la cabaña.